

No porque dudemos que está en todo lugar, sino para manifestar que estamos íntimamente convencidos que allí está de un modo especial, y que en los cielos es donde se deja ver cara á cara de los Angeles y de los hombres. Dios sí está en todas partes con magestad de poder ó como infinitamente poderoso y sabio, pero en los cielos está con la plenitud de su gloria usando de la espresion de san Juan Crisóstomo. Al decir *Padre nuestro, que estás en los cielos*, nuestra alma con desprecio de todo lo terreno se eleva naturalmente, y no para hasta presentarse ante el trono del Altísimo, y comienza á gozar anticipadamente la alma piadosa de aquel reino tan rico que nuestro Padre nos tiene preparado en los cielos. Iluminados con esta fé, alentados con esta esperanza: ¿Qué mucho, mis amados, que los Apóstoles, y los primeros cristianos tuvieran, como dice san Lucas (1), un mismo corazon y una misma alma? Ni habia, dice, en toda la multitud de los fieles quien considerase como suyo lo que poseia, sino que tenían todas las cosas por comunes. Consiguientes los Apóstoles á esta verdad, al dirigirse á los fieles ya de palabra ya por escrito, no usaban de otro tratamiento que el de *hermanos*. ¿Y cómo no, si todos los cristianos lo somos? Sí, todos somos hijos de un Padre, y nuestro Padre está en los cielos. Bajo este nombre santísimo entendemos no solo á la primera persona de la Santísima Trinidad, sino tambien al Hijo y al Espíritu Santo, porque las tres divinas personas tienen una misma naturaleza, un mismo poder, una misma voluntad; en una palabra: Padre, Hijo y Espíritu Santo son un solo Dios verdadero, y á solo un Dios verdadero nos dirigimos, cuando decimos *Padre nuestro, que estás en los cielos*. ¡Ojala que su Santo nombre sea santificado por todos; que sea conocido y honrado en todo el mundo! Esta es la primera peticion, y justísimamente es la primera, porque ante todas cosas debemos conocer á Dios y alabarle; para esto nos ha criado, y para esto mismo nos ha dotado de entendimiento y razon. Conocer y alabar á Dios amándole, es el término de todas las oraciones, y en este sentido, y por esta causa cantan sin cesar las Gerarquías Angélicas el Santo, Santo, Santo, que Isaias oyó (2): Cuando pedimos (3), que el nombre de Dios sea santificado, no pedimos para Dios alguna santidad que le falte. Dios es la santidad esencial, de donde procede toda la santidad en el cielo y en la tierra. Lo que pedimos es, que los idólatras, que aun adoran dioses falsos, conoz-

(1) *Hech. de los Apóst.*, cap. 4, v. XXXII.

(2) *Cap. 6, v. III.*

(3) *Mazo, fol. 145.*

can al Dios verdadero, le adoren, le alaben y le sirvan; que los judios reconozcan en Jesucristo al Hijo de Dios vivo, prometido á sus Patriarcas, anunciado por sus Profetas, y esperado tanto tiempo y con tantas ansias por sus Padres; que los hereges y apóstatas adjuren sus errores, sujetando la soberbia de su corazon al humilde y divino yugo de la fé; que los cismáticos, que con su lastimosa separacion, han rasgado la túnica sin costura de Jesucristo, vuelvan reconocidos á la unidad de la Iglesia; y en fin, pedimos que los cristianos que tenemos la dicha de ser los verdaderos adoradores de Dios, le honremos con una vida tan justa y virtuosa cual conviene á sus verdaderos adoradores; á sus verdaderos adoradores digo, para no confundirnos, para no mezclarnos con los malos cristianos indignos de este nombre, y peores que los judios; porque estos tienen la desgracia de no conocer á Jesucristo, no han entrado en su Santa casa, no han sido parte de su familia; pero los cristianos malos entraron por medio del Bautismo en la casa del Señor, los reconoció Jesus por hermanos suyos, los sentó con él á la mesa, los presentó á su Padre celestial, ha querido inscribirlos en el libro de la vida, y ellos ingratos, le han vuelto la espalda, se burlan de él, desprecian al amantísimo Jesus, y se sientan muy satisfechos en las tinieblas y á la sombra espantosa de la muerte. ¡Librenos Dios á nosotros, mis amados, de un mal tan terrible! Pidamos al Señor humildemente y con fé, que nos ilumine para no caer en la hoya horrorosa de la obstinacion, en que yacen sin casi conocerlo los malos cristianos, y si como miserables pecadores tuviéramos la desgracia de tropezar y caer alguna vez, levantemos con esfuerzo nuestra voz pidiendo auxilios, para salir cuanto antes de tan tenebroso lugar, á nuestro Padre que está en los cielos, y con propósito firme de la enmienda, santifiquemos sin cesar su santo nombre con el pensamiento, con las palabras y con las obras. Que en cuanto pensemos, en cuanto hablemos, y hagamos, manifestemos que amamos y adoramos á Dios, de suerte que nuestra conducta venga á ser á manera de luz que vista por los hombres, fijen su atencion en nuestras obras, y al ver que son buenas, glorifiquen ellos tambien á nuestro Padre que está en los cielos y nos venga asi su reino, esto es, que reine Dios en nuestras almas acá en la tierra por gracia y despues nos dé la gloria, que es la segunda peticion.

Sí, cristianos: podemos comenzar á reinar con Cristo en este mundo, y recibir en la gloria el complemento de esta dicha inefable, segun afirma San Juan (4): cuando hubo abierto el cordero, *Jesucristo Hijo de Dios*, el libro, ví que los cuatro animales, y los veinte y cuatro ancianos

(1) *Apoc.*, cap. 5, vv. VIII, IX y X.

se postraron ante el cordero, teniendo todos cítaras y copas, (ó incensarios) de oro, llenas de perfumes... y cantaban un cántico nuevo, diciendo: Digno eres, Señor, de recibir el libro, y de abrir sus sellos; porque tú has sido entregado á la muerte, y con tu sangre nos has rescatado para Dios de todas las tribus, y lenguas, y pueblos y naciones; y nos hiciste para nuestro Dios, reyes... y reinaremos sobre la tierra, hasta que despues reinemos contigo en el cielo. El Apóstol San Pedro confirmando la misma verdad, esto es, que podemos dar principio á nuestro reino en este mundo, dice (1): vosotros, ó cristianos, sois el linage escogido, una clase de Sacertotes reyes, gente santa, pueblo de conquista, rescatado á costa de la sangre de Jesucristo, y por la virtud de su gracia... Por esto, queridos míos, os suplico, que como extranjeros y peregrinos que sois en este mundo, os abstengais de los deseos carnales, que combaten contra el alma; llevando una vida ajustada... á fin de que por lo mismo que los malos os censuran, reflexionando sobre las buenas obras que observan en vosotros, glorifiquen á Dios en el día que los visite, ó ilumine con su divina gracia. Ved ya, mis amados, señalado por el Santo Apóstol el camino que hemos de tomar para comenzar á ser reyes en esta vida, y ser coronados despues por completo en la gloria. Ser humildes, negarnos á los deseos de la carne, dominar nuestras pasiones, señorearnos de nosotros mismos haciendo que nuestros sentidos exteriores estén sujetos al alma, y obrar segun que la divina Ley reclama de nosotros. Esto es lo que debemos hacer, difícil por cierto, y hasta imposible, si solo contáramos con nuestras propias fuerzas, pero muy fácil de ejecutar, asistidos de la gracia que ha prometido concedernos *El Padre nuestro que está en los cielos*, siempre que con fé viva se la pidamos. Pidámossela, pues, mis amados, y nos vendrá, á no dudar, el reino de Dios que deseamos.

Para entender bien la importancia de la segunda peticion, dice el muy ilustrado señor de Mazo (2), es necesario penetrarse de las diferentes significaciones de la espresion *reino de Dios*. «Primero, significa la soberanía universal de Dios sobre todo cuanto existe, y en este sentido decia David: Dios es el rey de toda la tierra y reinará sobre todas las gentes (3). Segundo, significa la soberanía particular de Dios sobre los cristianos por medio de la fé y la esperanza, y en este sentido reina particular-

(1) *Epist. 1.<sup>a</sup>, cap. 2, vv. IX y sigs.*

(2) *Fol. 145.*

(3) *Salmo 46, vv. VIII y IX.*

mente sobre todos aquellos que están dentro del gremio de la Iglesia, á la que tantas veces llama el Evangelio reino de Dios y reino de los cielos. Tercero, significa otra soberanía de Dios mas particular sobre los cristianos por medio de la caridad, y en este sentido reina, no sobre los que están en pecado mortal, porque sobre estos reina el diablo, sino sobre los que están en su divina gracia, y este es el reinado que pedimos principalmente en esta peticion para que así dispuestos, podamos hacer su voluntad, que es lo que se contiene en la tercera.

Sí, mis amados: favorecidos con la gracia del Señor, amparados de este divino escudo, es solo como podemos hacer la voluntad del Señor los que estamos en la tierra, como la hacen los Bienaventurados en el cielo. ¿Qué es el hombre por sí solo? ¿Qué puede hacer? Una fatal esperiencia nos dá testimonio de su impotencia para lo bueno, y de su propension á lo malo. «Dios crió á Adán y Eva en una obediencia angelical, pero estos padres del género humano (1), usando mal de su libertad, faltaron á esta feliz obediencia, y desde entonces el mundo no ha sido otra cosa que el teatro de las desobediencias; porque sus infelices descendientes quedamos tan propensos á desobedecer, que nada nos es mas genial, mas comun, ni mas frecuente.» Aun conociendo la verdad, aun queriendo obrar bien, experimentamos dentro de nosotros mismos la terrible lucha que tan perfectamente describe San Pablo en su carta á los Romanos (2): Bien sabemos, dice, que la ley es espiritual; pero yo por mí soy carnal, vendido para ser esclavo del pecado. Por lo que yo mismo no apruebo lo que hago; pues no hago el bien que amo: sino antes el mal que aborrezco, ese le hago.. Y en este caso, no tanto soy yo el que obra aquello, cuanto el pecado ó la concupiscencia que habita en mí... Mas si hago lo que no quiero: ya no lo ejecuto yo, sino el pecado que habita en mí. Y así es que cuando yo quiero hacer el bien, me encuentro con una ley ó inclinacion contraria: y es que el mal está pegado á mí. De aquí es que me conplazco en la ley de Dios, segun el hombre interior; mas *al mismo tiempo* echo de ver otra ley en mis miembros, la cual resiste á la ley de mi espíritu y me sojuzga á la ley del pecado que está en los miembros de mi cuerpo, ¡O que hombre tan infeliz soy yo! esclama el Santo Apóstol: ¿Quién me libertará de este cuerpo de muerte, ó mortífera concupiscencia? Solamente la gracia de Dios por los méritos de nuestro Señor Jesucristo. Hasta aquí, cristianos, el Apóstol san Pablo. Cotegemos ahora

(1) *Mazo, fol. 147*

(2) *Cap. 7, v. XIV y sigs.*

su confesion tan ingénuá con lo que pasa interiormente por cada uno de nosotros, y habremos de confesar tambien necesariamente que esa misma pugna, esa repugnancia al bien, sentimos nosotros en nuestro interior. ¿Y qué remedio? El mismo que indica el Apóstol Santo, el que nuestro Redentor divino nos enseñó y mandó que practicáramos: Pedir al eterno Padre gracia, alegando los méritos de nuestro Señor Jesucristo, para que *hagamos su voluntad, así en la tierra como en el cielo*: esto es, que la tierra, nuestra carne, se someta á la ley del espíritu que podemos llamar cielo, en el sentido que dice el Apóstol (1): Yo mismo estoy sometido por el espíritu á la ley de Dios; y por la carne á la ley del pecado. Así, y solo así es como podemos cumplir con el sagrado deber de ejecutar en un todo la voluntad de Dios. Sí, en un todo; en lo próspero y en lo favorable ó que nos agrada.

Cuando acometidos de males decimos, que se haga la voluntad de Dios; el sentido de estas palabras es, que nos libre el Señor de ellos si así conviene para su mayor honra y gloria, y cuando no, que nos dé sus auxilios para que resignados en su voluntad santísima los llevemos en paciencia y consigamos la vida eterna, que es el objeto de la voluntad de Dios, segun la espresion del Apóstol. La voluntad de Dios es, *decia á los tesalonicenses* (2), vuestra santificacion, ó el que seais santos y puros. Esto, cristianos, es, lo que en todos tiempos así bonancibles, como afflictivos debemos procurar; la santificacion de nuestras almas, sometiéndonos siempre á la voluntad de Dios. Buen ejemplo nos dió nuestro divino Redentor, que siempre vivió obediente al Padre, y obedeciendo murió en una cruz. Libradme de beber este cáliz tan amargo, decia el buen Jesus, cuando presentia los tormentos de su Pasion dolorosísima, pero no se haga mi voluntad, sino la vuestra, Padre mio. Así debemos decir nosotros en toda ocasion, porque así solo es como podemos decir con verdad: «Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venganos el tu reino, hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.» Notad de paso, mis amados, la conexion tan estrecha que hay entre estas tres peticiones. Pedimos que el nombre de Dios sea de todos conocido, adorado y alabado; despues, que nos dé su gracia, para últimamente hacer siempre su voluntad, seguros de que haciéndola, nuestra felicidad sobre inmensa, será eterna. ¡Bendita sea por siempre la sabiduría y bondad de nuestro amantísimo Jesus! que así quiso, tan en breve enseñarnos una oracion que nada nos queda que desear, ya para pedir, ya para obtener aun mas que pudiéramos necesitar.

(1) *A los Rom.*, 7, v. XXV.

(2) *Epist. prim.*, cap. 4, v. IV.

!Ojala Señores, que en órden á vosotros, todo lo dicho sea perfectamente oido, en el sentido que Jesucristo dijo por san Juan, que el que es de Dios oye sus palabras. (*He aqui lo que nos refiere el Evangelio... Aqui el orador si lo cree conveniente.....*) Oigamos pues todos, cristianos, las palabras del Señor, no para que solo el oido se recree, sino tambien para que el corazon rebose de gozo, y nuestra alma se alegre en el Padre, en el Hijo, y en el Espíritu Santo, ahora, siempre, por los siglos de los siglos. *Amen.*

